



LITERATURE

Chapter 12

2nd
SECONDARY

La narración



 **SACO OLIVEROS**



¿Cómo se llama el proceso en el que cuentas una historia?

¿Qué necesitaríamos para crear una historia?



DEFINICIÓN



La narración es el relato de uno o más hechos reales o imaginarios que les sucede a unos personajes en un lugar y un tiempo determinados.

LA NARRACIÓN



CARACTERÍSTICAS



1. Verosimilitud
2. Sencillez
3. Brevedad



ELEMENTOS DE LA NARRACIÓN

1. La acción.

Es lo que sucede y se cuenta en el relato.

Partes de la acción en la narración.

- a. **Exposición:** Aquí se realiza la presentación de los hechos, de los personajes y del ambiente.
- b. **Nudo:** Es el desarrollo de los hechos y en él se presenta un conflicto central que mueve la acción.
- c. **Desenlace:** Es la solución a la situación planteada o el final de la acción.





2. Los personajes.

En la narración se cuentan unos hechos en los que intervienen personas ficticias o reales llamadas personajes.

- Debe presentarlos como seres vivos, Debe presentar los rasgos físicos y psicológicos que mejor definan al personaje.
- La personalidad del personaje debe irse descubriendo a lo largo del relato
- Debe usar el diálogo para revelar la psicología de los personajes



¿Sabes en qué historias aparecen estos personajes?



3. El ambiente

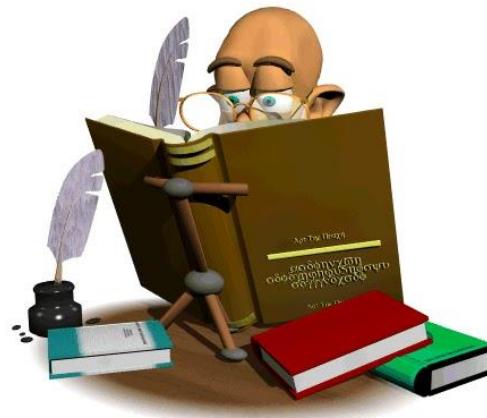
Es el medio en el que se produce la acción y se desenvuelven los personajes. Este entorno ayuda a obtener verosimilitud y contribuye a modelar la psicología y moral de los personajes, ya que estos pueden verse condicionados por el medio social en que se encuentran inmersos.



4. El narrador

Es aquel que cuenta la historia, presenta los personajes y explica las reacciones de cada uno.

Existen varios tipos de narradores



Narrador omnisciente

Narrador yo testigo

Narrador yo protagonista

¡Recuerda!

El autor y el narrador son dos conceptos distintos. El autor es una persona que existe en la vida real y escribe la obra; mientras que el narrador es una voz imaginaria que da a conocer la historia.

1. Lee atentamente el siguiente cuento de Julio Ramón Ribeyro

Los merengues

Apenas su mamá cerro la puerta, Perico saltó del colchón y escuchó, con el oído pegado a la madera, los pasos que se iban alejando por el largo corredor. Cuando se hubieron definitivamente perdido, se abalanzó hacia la cocina de kerosene y hurgó en una de las hornillas malogradas. ¡Allí estaba! Extrayendo la bolsita de cuero, contó una por una las monedas —había aprendido a contar jugando a la bolitas— y constató, asombrado, que había cuarenta soles. Se echó veinte al bolsillo y guardó el resto en su lugar. No en vano, por la noche, había simulado dormir para espiar a su mamá. Ahora tenía lo suficiente para realizar su hermoso proyecto. Después no faltaría una excusa. En esos callejones de Santa Cruz, las puertas siempre están entreabiertas y los vecinos tienen caras de sospechosos.

Ajustándose los zapatos, salió desalado hacia la calle. En el camino fue pensando si invertiría todo su capital o solo parte de él. Y el recuerdo de los merengues —blancos, puros, vaporosos— lo decidieron por el gasto total. ¿Cuánto tiempo hacía que los observaba por la vidriera hasta sentir una salvación amarga por la garganta? Hacía ya varios meses que concurría a la pastelería de la esquina y solo se contentaba con mirar. El dependiente ya lo conocía y siempre que lo veía entrar, lo consentía un momento para darle luego un coscorrón y decirle: —¡Quita de acá, muchacho, que molestas a los clientes! Y los clientes, que eran hombres gordos con tirantes o mujeres viejas con bolsas, lo aplastaban, lo pisaban y dismantelaban bulliciosamente la tienda. Él recordaba, sin embargo, algunas escenas amables. Un señor, al percatarse un día de la ansiedad de su mirada, le preguntó su nombre, su edad, si estaba en el colegio, si tenía papá y por último le obsequió una rosquita. Él hubiera preferido un merengue, pero intuía que en los favores estaba prohibido elegir. También, un día, la hija del pastelero le regaló un pan de yema que estaba un poco duro.

—¡Empara!— dijo, aventándolo por encima del mostrador. Él tuvo que hacer un gran esfuerzo a pesar de lo cual cayó el pan al suelo y, al recogerlo, se acordó súbitamente de su perrito, a quien él tiraba carnes masticadas divirtiéndose cuando de un salto las emparaba en sus colmillos. Pero no era el pan de yema ni los alfajores ni los piononos lo que le atraía: él solo amaba los merengues. A pesar de no haberlos probado nunca, conservaba viva la imagen de varios chicos que se los llevaban a la boca, como si fueran copos de nieve, ensuciándose los corbatines. Desde aquel día, los merengues constituían su obsesión.



Cuando llegó a la pastelería, había muchos clientes ocupando todo el mostrador. Espero que se despejara un poco el escenario, pero no pudiendo resistir más, comenzó a empujar. Ahora no sentía vergüenza alguna y el dinero que empuñaba lo revestía de cierta autoridad y le daba derecho a codearse con los hombres de tirantes. Después de mucho esfuerzo, su cabeza apareció en primer plano, ante el asombro del dependiente.

¿Ya estás aquí? ¡Vamos saliendo de la tienda!

Perico, lejos de obedecer, se irguió y con una expresión de triunfo reclamó: ¡veinte soles de merengues! Su voz estridente dominó en el bullicio de la pastelería y se hizo un silencio curioso. Algunos lo miraban, intrigados, pues era hasta cierto punto sorprendente ver a un rapaz de esa cabaña comprar tan empalagosa golosina en tamaña proporción. El dependiente no le hizo caso y pronto el barullo se reinició: Perico quedó algo desconcertado, pero estimulado por un sentimiento de poder repitió, en tono imperativo:

¡Veinte soles de merengues! El dependiente lo observó esta vez con cierta perplejidad pero continuó despachando a los otros parroquianos.

—¿No ha oído?—insistió Perico excitándose— ¡Quiero veinte soles de merengues!

El empleado se acercó esta vez y lo tiró de la oreja. —¿Estás bromeando, palomilla?

Perico se agazapó.

—¡A ver, enséñame la plata! Sin poder disimular su orgullo, echó sobre el mostrador el puñado de monedas. El dependiente contó el dinero.

—¿Y quieres que te dé todo esto en merengues?



—Sí —replicó Perico con una convicción que despertó la risa de algunos circunstantes.

—Buen empacho te vas a dar —comentó alguien.

Perico se volvió. Al notar que era observado con cierta benevolencia un poco lastimosa, se sintió abochornado. Como el pastelero olvidaba, repitió:

—Deme los merengues— pero esta vez su voz había perdido vitalidad y Perico comprendió que, por razones que no alcanzaba a explicarse, estaba pidiendo casi un favor.

—¿Va a salir o no?— lo increpó el dependiente.

—Despácheme antes.

—¿Quién te ha encargado que compres esto?

—Mi mamá.

—Debes haber oído mal. ¿Veinte soles? Anda a preguntarle de nuevo o que te lo escriba en un papelito.

Perico se quedó un momento pensativo. Extendió la mano hacia el dinero y lo fue retirando lentamente. Pero al ver los merengues a través de la vidriería, renació su deseo, y ya no exigió sino que rogó con una voz quejumbrosa:

—¡Deme, pues, veinte soles de merengues!

Al ver que el dependiente se acercaba airado, pronto a expulsarlo, repitió conmovedoramente:

—¡Aunque sea diez soles, nada mas!



Al ver que el dependiente se acercaba airado, pronto a expulsarlo, repitió conmovedoramente:

—¡Aunque sea diez soles, nada mas!

El empleado, entonces, se inclinó por encima del mostrador y le dio el cocacho acostumbrado; pero a Perico le pareció que esta vez llevaba una fuerza definitiva.

—¡Quita de acá! ¿Estás loco? ¡Anda a hacer bromas a otro lugar!

Perico salió furioso de la pastelería. Con el dinero apretado entre los dedos y los ojos húmedos, vagabundeo por los alrededores.

Pronto llegó a los barrancos. Sentándose en lo alto del acantilado, contempló la playa. Le pareció en ese momento difícil restituir el dinero sin ser descubierto y maquinalmente fue arrojando las monedas una a una, haciéndolas tintinear sobre las piedras. Al hacerlo, iba pensando que esas monedas nada valían en sus manos, y en ese día cercano en que, grande ya y terrible, cortaría la cabeza de todos esos hombres, de todos los mucamos de las pastelerías y hasta de los pelícanos que graznaban indiferentes a su alrededor.



1. Identifique lo siguientes elementos del anterior cuento :

- a. Autor : Julio Ramón Ribeyro
- b. Personajes: Perico, panadero
- c. Narrador : omnisciente
- d. Ambiente : casa de Perico, calles de Lima

2. ¿Cuál pudo haber sido la razón del rechazo del dependiente a Perico a pesar que el niño contaba con dinero?



- El dependiente supuso que el dinero que traía Perico se lo había robado a su madre.
- B) Perico realizó un pedido desproporcionado por la cantidad de merengues que solicitaba.
 - C) El dependiente no le gustó los terribles modales que mostró Perico.
 - D) En la pastelería se encontraba mucha gente y por eso el dependiente no pudo atenderlo.



5. ¿Qué diferencias hay entre autor y narrador?

Autor	Narrador
<ul style="list-style-type: none">• Persona que existe en la vida real.• Escribe la historia.	<ul style="list-style-type: none">• Voz imaginaria.• Da a conocer la historia.





4. Disciplina literaria a la que compete el estudio estructural de los relatos, así como su comunicación y recepción. Aunque tiene una larga tradición anterior, los mayores avances en este campo se deben al estructuralismo, que subdividió y clasificó los rasgos principales de toda narración. Con respecto a la descripción anterior, ¿a qué disciplina literaria refiere lo señalado?

- A) Sintaxis
- B) Semiótica
- C) Semántica
- D) Narratología



**5.**

Identifique el tipo de narrador.

“Llego el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí al dejar tantos amigos y apasionados, que eran sinnúmero. Vendí lo poco que tenía, de secreto para el camino, y con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales”.

(Francisco de Quevedo. *Historia de la vida del Buscón*)

narrador protagonista



6.

Tipo de narrador

“Quisiera no haberle visto más que las manos, me hubiera bastado verlas cuando le di el cambio de los cien pesos y los dedos apretaron los billetes, trataron de acomodarlos y, en seguida, resolviéndose, hicieron una pelota achatada y la escondieron con pudor en un bolsillo del saco; me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenos con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse”.

(Juan Carlos Onetti. *Los adioses*)

narrador testigo



7.

Tipo de narrador

Ana ya estaba enferma cuando la sobrecogió la catástrofe. Su enfermedad era melancólica: sentía tristezas que no se explicaba. La pérdida de su padre la asustó más que la afligió al principio. No lloraba; pasaba el día temblando de frío en una somnolencia poblada de pensamientos disparatados.

(Leopoldo Alas, Clarín. *La Regenta*)

narrador omnisciente



8.

Tipo de narrador

Terminó de pasar las mercancías y apareció todo el grupo de bicicletas, al otro lado del paso a nivel. Paulina, al verlos se puso a gritarles, agitando la mano:

—¡Miguel!, ¡Alicia!, ¡Estamos aquí!

—Hola, niños, —contestaban de la otra parte—. ¿Nos habéis esperado mucho rato?

Ya las barras del paso a nivel se levantaban lentamente. Los ciclistas entraron en la vía, con las bicis cogidas del manillar.

—¡Y qué bien presumimos de moto!—dijo Miguel acercándose a Sebas y a su novia. Venían sudorosos. Las chicas traían pañuelos de colorines, como Paulina, con los picos colgando.

(Rafael Sánchez Ferlosio. *El Jarama*)

Narrador testigo
